

J. NISCO

R. SAN HONORIO

EL SEPTIMO BASTIÓN DE DIOS

5^{TA}
EDICION



- PARTE I -

EL TESORO DEL TERCER REICH

El Séptimo Bastón de Dios

Parte I

El Tesoro del Tercer Reich

Jorge Nisco
R San Honorio

Diseño de portada Matías Lancom

*A mi madre Teresa, a mi hermano Luis, a mi sobrino Ignacio
a Andrea, a mis amigos y, especialmente, a mi padre, la estrella
brillante que siempre me acompaña.*

Ramiro

*A mis amores, Alejandro, Denisse, Paloma y Alma.
A mi amor, Marcela.*

Jorge

Agradecimientos

*Alex Lagomarsino, Virginia Berberian, Matías Lancon Romina Massa,
Juan Ignacio Iribarne Daniel de Felippo Paula Pérez Alonso
por su inestimable apoyo*

Nota de los autores

*Los incidentes narrados a continuación están basados en hechos reales.
Las investigaciones y la información sobre organizaciones a las que
hacemos referencia existieron.*

Prólogo

*El descubrimiento ya es nuestro y
con el tiempo todo estará cumplido; ahora solo
falta el chispazo para iniciar la gran acción.*

Karl Ernest Krafft (1900-1945)
Astrólogo de Hitler

Obersalzberg. Alemania

10 de febrero de 1945

Los disparos de las carabinas M1 impactaron sobre la enorme puerta de estilo románico astillándola casi por completo.

La luz se filtró por las cicatrices de puntos humeantes sobre la madera, mientras un charco de sangre se abrió camino desde el otro lado de la puerta.

El silencio invadió el lugar por unos segundos, luego se oyeron los rápidos y pesados pasos de los soldados en el piso de madera. Todos tomaron posiciones en cada metro de la lujosa casa.

«El Berghof», así la llamaba el Führer, desde que había salido de prisión en 1925. Se había refugiado allí, a mil doscientos metros sobre el nivel del mar, en pleno corazón de Baviera, donde escribió la segunda parte de su Mein Kampf. Desde una de las ventanas del pasillo donde estaban apostados, se divisaba totalmente blanco el monte Watzmann, el segundo más alto de la cadena alpina de Alemania. Las columnas humeantes provocadas por el bombardeo de la RAF impedían una buena visión, hacía apenas cinco días habían arrojado sobre la región más de tres mil toneladas de bombas. Todo el escuadrón esperaba órdenes. al final del pasillo se divisó una silueta que caminaba lentamente, era la del sargento Kirk. Los soldados hicieron silencio hasta que lo vieron aparecer.

Su mirada no tenía vida, su cuerpo no transmitía ninguna expresión, era como si fuese un hombre sin alma. Entre las miles de arrugas que se confundían con las cicatrices, llamaba la atención su boca pequeña y seca, como un sello. El sargento llegó y se sentó al pie de una escalera de piedra junto a la puerta baleada; ante el movimiento de su brazo dos de sus hombres se acercaron.

Uno de ellos la abrió con una fuerte patada, mientras que el compañero asomó la carabina. El sargento Kirk atento a las señas se levantó y avanzó hacia ellos.

La habitación era del tamaño de un gran salón. Sus enormes ventanales regalaban uno de los paisajes montañosos más hermosos que uno pudiera imaginar. El sol de la primavera inundó con sus rayos los rostros pálidos de los soldados en el suelo, iluminando cálidamente a la muerte que se hacía presente en el lugar. Los cuerpos de dos soldados enemigos yacían junto a la puerta.

El sargento Kirk se asomó al pasillo. —Está limpio, quiero a todo el escuadrón abajo... Ordenó con voz firme.

Luego se dirigió a dos soldados del salón.

—Ustedes no, los necesito.

El sargento cerró la puerta de la habitación y miró nuevamente la escena de los cadáveres en el suelo.

Luego caminó por el salón con la mirada baja, pensativo.

—Esta maldita casa tiene pasadizos secretos, estén alerta, puede haber nazis observando.

De uno de los bolsillos de su chaqueta, sacó un estuche plateado con cigarrillos, y les ofreció a sus hombres. El sargento Kirk les dio fuego con un encendedor en el que se detallaba el grabado del escudo de la marina estadounidense.

Luego Kirk se acercó a los ventanales, fumó tranquilo su cigarrillo, mientras sus hombres lo miraban atentamente esperando sus órdenes.

El sargento contempló por unos segundos el enorme y viejo escritorio, lleno de adornos y documentación militar alemana. Tomó unos planos y mapas, los analizó con suma atención y apagó el cigarrillo sobre uno de ellos.

Luego se paró frente a un cuadro en la pared detrás del escritorio.

—Detrás del Reich... —dijo el sargento, en voz baja, casi sin mover sus labios.

Sus soldados se miraron y caminaron hacia el enorme cuadro con

la imagen del Führer, un retrato de Hitler, en la plenitud de su cargo como primer ministro.

Lo sacaron con sumo esfuerzo y descubrieron en la pared una gran caja fuerte. En la puerta de hierro se veía claramente un grabado del águila y la esvástica en dorado bronce.

Uno de ellos apuntó con su carabina a la cerradura de seguridad de la caja, pero el sargento se colocó adelante y sin hacer ningún comentario, sacó una llave del bolsillo de su pantalón y la abrió.

Casi sin esfuerzo, metió sus manos dentro de la caja blindada. Los soldados no entendieron lo que sucedía.

El sargento sacó dos cajas de madera y las colocó en el suelo. Abrió una de ellas con la misma llave que utilizó para abrir la caja. Un aroma extraño se desprendió de ella, como si estuvieran condensadas miles de moléculas, miles de caminos, miles de cuerpos. El paso de los siglos en unos pocos centímetros cúbicos de aire estancado.

En su interior, un molde de cuero ajado con forma de copa. El sargento sonrió por primera vez. Luego abrió la otra caja, nada, ningún aroma.

Su sonrisa desapareció por completo, la caja estaba vacía, solo había un molde en madera con la forma de una cuchilla. Volvió a revisar la caja y descubrió un doble fondo, debajo del estuche negro. Con sumo cuidado fue quitándolo hacia arriba, conteniendo la respiración, como hacía cuando era niño al querer concentrarse en algo, creía que al respirar se desmoronaría todo. Allí lo vio, oxidado por el paso de los años.

Pasó su mano sobre la superficie de hierro de aquel cuchillo, que era en realidad la punta de una lanza. Suspiró, todo estaba en orden.

De pronto un ruido, un golpe seco en el suelo, todos en alerta se dieron vuelta, hacia la puerta, Kirk cerró la caja.

—¡Quieto! —gritó uno de los soldados.

Uno de los uniformados alemanes aún se movía, seguía con vida a pesar de las graves heridas recibidas. El soldado trataba de arrancar la Lugger, de la mano de su compañero abatido.

—Sucios americanos —dijo con su voz quebrada y dolorida.

Kirk se acercó con calma. El soldado descubierto dejó de moverse, su rostro estaba bañado en sangre. Claramente eran soldados de elite. Las SS metálicas grabadas brillaron como si tuviesen luz propia en los uniformes de cuero negro. Los ojos del soldado alemán sonrieron al sargento. Ambas miradas se encontraron, se entendieron sin decir una sola palabra.

El sargento desenfundó rápidamente su pistola Colt calibre 45 y se la ofreció. Las manos temblorosas del soldado nazi la tomaron con fuerza y con un movimiento rápido se la colocó en la boca y se disparó.

El suelo recibió una lluvia roja. Los soldados miraban la escena atónitos. El sargento no recuperó su pistola, la dejó en las manos del suicida.

Luego caminó hacia los ventanales, cerró las extensas cortinas de gamuza color púrpura y se acercó a sus soldados.

—Deme su arma, la necesito —pidió a uno de ellos.

El más robusto entregó su carabina cumpliendo la orden.

El sargento la tomó y les apuntó.

—Sargento, está cargada —dijo el soldado, sin saber que esa frase iba a ser la última.

El sargento descargó sobre ellos una ráfaga de disparos.

Los cuerpos de sus hombres cayeron destrozados al suelo. La sangre de americanos y alemanes se mezcló y fluyó hacia un costado donde estaba tirada la pintura del Führer como una burla a su fe.

Kirk miró su reloj, dejó caer la carabina al suelo, y se dirigió al cuerpo del soldado nazi y le sustrajo una Lugger de la mano, la cargó y guardó en su uniforme.

Tomó ambas cajas de madera, abrió la puerta y salió al pasillo de la lujosa casona en los Alpes. Un soldado apareció de la nada corriendo.

—Oímos disparos y... —la frase inconclusa del infante de marina fue interrumpida por el estruendo de la pistola alemana.

En la frente del soldado, se dibujaba un punto rojo, un hilo de sangre, que empezaba a caer en una perfecta línea recta por su nariz. Sus ojos, más que abiertos, perdieron todo brillo y cayó lentamente al suelo. La Lugger, sostenida por el sargento, humeaba.

Era evidente para el sargento que esto no estaba en sus planes y todo comenzaba a salir de su cauce, pero estaba listo para comenzar su plan de contingencia si era necesario.

Kirk era un excelente estratega, siempre se había caracterizado por ser un gran planificador. Antes de comenzar la guerra, sus vastos conocimientos de ingeniería le abrieron las puertas de las grandes agrupaciones políticas. Su fuerte personalidad y su temple callado lo habían posicionado como preferido entre las personalidades más poderosas.

Un hombre esquemático, extremadamente puntilloso y organizado, que nunca preguntaba nada, era el perfil ideal para cargos de riesgo. Kirk daba las órdenes y también sabía acatar. Lograba con eficiencia las misiones más difíciles. Al principio eran simples encargos laborales por su profesión, construcciones, planificación, pero luego eran trabajos de control, verificación, donde su opinión y su sabiduría representaban un valor sumamente importante en la toma de grandes decisiones.

Fue así como directamente fue recomendado por los altos mandos, para formar parte de los servicios especiales en el ejército.

Kirk caminó unos metros más, luego quedó paralizado en medio del pasillo, atento, esta vez no parecía un predador, esta vez parecía una presa con sus sentidos alertas, sus músculos en tensión, escuchando a los sonidos de sus cazadores.

Recordó los planos de «El Berghof», de los túneles secretos que solo tres personas conocían, él los había memorizado en apenas unos segundos antes de quemarlos.

Comenzó a oír a su tropa acercarse, rápidamente dejó las cajas a un costado, se agachó y golpeó repetidamente con sus manos una baldosa negra del piso, sus golpes eran fuertes y nerviosos.

De pronto una de las paredes de piedra de la casona se abrió de forma crujiente. El bloque de piedra al nivel del suelo se movía lentamente, dejando al descubierto lo que era un pasadizo oculto.

Cada centímetro que avanzaban sus hombres hacia la puerta era seguido de cerca por los ojos de Kirk. Él sabía que el tiempo era crucial. Ya los pasos de los soldados estaban muy cerca.

Visualizó algunas sombras que subían, gracias a los rayos del sol que penetraban por los ventanales y alumbraban como grandes focos hacia las escaleras. La pequeña puerta dejó de

moverse. Hizo un ruido que se sintió como un martillazo sobre la pared, era el mecanismo que había terminado de abrir la puerta secreta. Era una apertura angosta, y de solo un metro y medio de alto.

Kirk tomó nuevamente las cajas de madera, se inclinó y con la pierna y su brazo trabó la puerta. Ayudado por la fuerza de la desesperación, logró entrar, agachado.

Con su esbelto cuerpo quedó trabando la puerta, sin entrar, pero la desesperación y la fuerza dieron resultado, finalmente logró zafarse. La tela de su uniforme quedó rasgada por la superficie áspera de las paredes rocosas del pasadizo.

Los soldados estaban llegando. El sargento entró arrastrándose y se perdió en la oscuridad. El sonido de un golpe similar a un martillo contra una piedra se volvió a escuchar. La pared comenzó a cerrarse detrás de él un segundo después. El batallón llegó y se colocó en posición de alerta al ver el cuerpo de su compañero tirado con un disparo en la cabeza. Revisaron todo el lugar. Incluso la baldosa rota y las paredes. Llamaron y buscaron a su sargento, pero todo fue en vano. Nadie llegó ante el reclamo de los soldados.

El comunicado de las fuerzas de los Estados Unidos de América fue claro y contundente: Al no encontrar ninguna pista válida, clasificaron el caso como desaparición. Rápidamente en el cuartel central de los aliados colocaron un sello de tinta roja, en el extenso informe, donde el sargento figuraba perdido. Al final del legajo militar, redactaron que el sargento había sido raptado por tropas especiales nazis.

El plan funcionaba, Kirk había escapado.

*La flota submarina alemana se siente orgullosa de haber construido
un paraíso terrenal, una fortaleza inexpugnable para el Führer en
alguna parte del sur de nuestro mundo.*

Karl Doenitz (1891-1980)
Almirante y jefe de las Fuerzas
Navales Alemanas

Espacio Aéreo Argentino. Sector Antártico

4 de mayo de 1976

La caja metálica comenzó a moverse de un costado a otro de la nave. No era una caja grande, sus dimensiones eran de un metro por sesenta centímetros aproximadamente y tampoco parecía pesada. Llamaba la atención que la tapa de la misma estuviera totalmente soldada.

Dos soldados con camperas verdes desabrocharon sus cinturones de seguridad y se pusieron de pie. Con esfuerzo lograron mantener el equilibrio dentro del avión que se sacudía encabritado, castigado por fuertes ráfagas de viento. Con dificultad lograron ajustar los cordones y cuerdas que servían como tensores para inmovilizar la caja y esta dejara de sacudirse.

La aguja roja del altímetro del Lockheed SP-2H marcó los 6.200 pies de altura. Los demás relojes se movían nerviosos, parecían descontrolados.

El avión «Neptune» Lockheed P-2 atravesaba con sus dos motores a hélice, las nubes de tormenta, el hielo cubría gran parte del fuselaje. Dentro de la nave, el fuerte zumbido de las hélices era ensordecedor.

Se trataba de un avión utilizado frecuentemente por la Armada Argentina para este tipo de viajes, si bien era un avión de guerra antisubmarina y patrulla marítima, realizaba tareas de exploración. De origen estadounidense, el potente avión había ofrecido sus servicios desde la década del sesenta.

Eran naves particularmente fuertes, con motores a hélice, fabricados para volar en cualquier condición climática difícil.

Héctor Campos se encontraba sentado detrás de los pilotos, nunca en sus múltiples viajes había atravesado una situación semejante, estaba muy nervioso y asustado, se ajustó el cinturón de seguridad. A tal punto que molestaba su respiración, Héctor era un hombre de gran textura física.

La nave no dejaba de sacudirse

Héctor miró en silencio el enorme tablero, las luces se encendían y apagaban, mientras los

concentrados pilotos intentaban dominar a la bestia del aire (ellos la llamaban así jocosamente). En medio de las nubes, se divisaba su color blanco y rojo, que rápidamente desaparecía entre la espesa niebla y nieve.

—Base Belgrano, ¿nos copia?

Héctor se dio cuenta de que algo andaba muy mal. Los pilotos estaban nerviosos y llamaban a la base de la cual hacía quince minutos habían partido.

—Base Belgrano... Aquí Águila Neptune 2-P-103... ¿Me copian?

De pronto, un extraño sonido.

Una explosión sacudió la aeronave.

Sonó una alarma. Los pilotos se miraron entre sí como preguntándose: ¿Ahora qué paso?

Uno de ellos miró a Héctor.

—Tranquilo, doctor, estamos bien... —dijo el piloto, con voz nerviosa.

Héctor no creyó en sus palabras, sabía que la tormenta les estaba ganando esta batalla. Y la extraña explosión los sorprendió, indudablemente no la esperaban.

Los ruidos de la nave eran cada vez más intensos, todo crujía, parecía que una fuerte lluvia de granizo golpeaba el fuselaje.

Héctor miró por la ventanilla de su lado, vio cómo una densa columna de humo con algunos destellos de fuego se desprendía de uno de los motores. El avión se sacudía cada vez más fuerte, una gota de agua cayó sobre el rostro de Héctor. El fuselaje del avión cedía, los sonidos de las alarmas eran cada vez más notorios. Los pilotos no dejaban de tocar con sus manos los botones y perillas del control de mando.

—Doctor, ya estamos cerca... Vamos a... —el capitán no pudo terminar su frase por la turbulencia.

La presión era increíble, se notaba que la nave estaba tomando una gran velocidad y perdía altura.

Era como si la mano de un gigante los hubiera empujado sobre ese cielo plomizo y ahora la aceleración se hacía insoportable.

Estaban en caída libre.

El avión saltaba fuera de control. Los dos soldados se aferraban en sus asientos laterales.

Los pilotos siguieron con su procedimiento.

—Base Belgrano, Base Belgrano aquí Águila Neptune 2-P-103... Me copian... Código 5...2... solicitamos permiso de aterrizaje de emergencia estamos a 62°46' de latitud Sur y 60°21'... confirma, base... —dijo el copiloto.

Estaba con los auriculares puestos esperando alguna palabra del otro lado, pero esto no sucedía. Volvía a repetir la solicitud de emergencia y no había respuesta.

La nave comenzó a dar vueltas, Héctor cerró los ojos y se aferró fuertemente a su silla. Los sonidos de las dos hélices quejándose eran estremecedores. Un ruido intenso, angustiante. Los motores daban sus últimos gritos de furia en la batalla.

—¡La caja, cuiden la caja! —gritó Héctor, pero nadie contestó o quizás eran los ruidos que silenciaron cualquier respuesta.

Héctor nunca había escuchado un sonido igual, era horrible, los motores acelerando sin control en una sinfonía de muerte inminente.

Finalmente los crujidos metálicos estallaron.

Los pilotos gritaban, las alarmas se callaron por completo. Ahora el viento de la tormenta crujía más que todo. Héctor seguía con sus ojos bien cerrados, estaba en medio de un bombardeo de sensaciones, la nave no paraba de girar, sintió el ruido de cristales estallar y un intenso aire frío golpeó la piel de su cara.

Estaba paralizado, un escalofrío recorrió su cuerpo.

Ahora todo sucedía en cámara lenta y los sonidos fueron apagándose lentamente, sus oídos se taparon, dejó de sentir sus músculos, solo un suave y profundo zumbido penetraba en su cerebro. Distante, el tiempo se estiraba y se deformaba.

El tablero se apagó, al igual que las luces, una total oscuridad envolvió los rincones del avión.

Un fuerte golpe sacudió el cuerpo de Héctor Campos. Sus ojos se abrieron por segundos, todo era negro. Una rara sensación de libertad, de paz.

Cayó en algo muy blando y frío. Trató de abrir los ojos, pero sintió cómo sus párpados se le pegaban: la nieve. La nieve parecía convertir en estatuas blancas de mármol lo que tocaba. Y lo estaba tocando a él.

Su respiración ya no era agitada, ya no sentía prácticamente su cuerpo. Héctor se durmió, rápidamente viajó a lo más profundo del mundo onírico. Llegaron a su mente como si fuera una proyección de cine, su vida, momentos cálidos, felices.

Estaba bien, disfrutando de su esposa, de su hijo Martín, un bebé hermoso que lo miraba con sus ojos grandes, él lo sacaba de su cálida cuna y lo abrazaba con suavidad. Siguió recordando, y en su rostro asomó una tímida sonrisa que lentamente la nieve cubrió.

De pronto estalló un fogonazo, una luz enceguecedora lo envolvió, sintió su cuerpo flotar y transportarse y desde las alturas pudo ver su jardín en pleno atardecer, se vio a sí mismo jugando con su hijo, quien daba sus primeros pasos.

Héctor pudo revivir cada uno de esos recuerdos, sintió el calor del sol, la risa de Martín, los besos de sus padres, el aroma de los raviolos de su abuela, la mirada de su primera novia.

Qué ironía, Héctor no era creyente, se burlaba siempre de Dios, de los que consumían libros de autoayuda, y de quienes contaban experiencias cercanas a la muerte.

Y él, en este momento, estaba viviendo una de las experiencias de las que mucho se hablaba y no creía: estaba viendo su vida como si fuera una película. Pero no era un balance, no, solo eran algunos fragmentos de los momentos más placenteros.

Reflexionó un instante sobre esa situación, y dedujo que seguramente se aferraba a esos recuerdos para vivir unos instantes más, sentía que era su modo de intentar no irse de este mundo, no dejar solo a su hijo, no dejar sola a su esposa, quería vivir.

Héctor no sintió más el frío. Su mente seguía sumergida en el calor de sus amores, su fuego aún estaba latiendo, porque estaba en su refugio, el refugio de sus recuerdos. Pero de pronto todas esas sensaciones se apagaron. El frío volvió a llenar sus pulmones, sintió que todo pesaba el doble, que todo caía sobre él.

Abrió los ojos, le dolían, vio una cortina de humo negro que lo rodeaba y a unos metros divisó la caja, incrustada en el suelo congelado.

Comenzó a sentir un ardor que subía por sus piernas, trató de moverse, pero fue en vano, volvió a cerrar sus ojos. El intenso bramar del viento resonaba en sus oídos. Los copos de nieve caían flotando, cubrían lo que había quedado del fuselaje del avión.

De pronto un fuerte haz de luz blanca iluminó su rostro, «otra vez», pensó, no sabía si habían pasado segundos o semanas.

Su piel entró en contacto con algo cálido y oyó sonidos que se convirtieron claramente en voces, era un idioma extraño.

Intentó abrir más sus ojos, y vio de forma confusa unas extrañas figuras blancas, con enormes cabezas y grandes ojos negros. Uno de ellos lo sujetó de las muñecas, otro de los tobillos y lo levantaron del suelo blanco.

Todo conocimiento empieza por los sentimientos.

Leonardo da Vinci (1452-1519)

Pintor, escultor, inventor, filósofo, científico, escritor

Recoleta. Ciudad de Buenos Aires

8 de diciembre de 1989

Siempre fue una zona turística, cada año era mayor la cantidad de visitantes extranjeros que se paseaban por la zona.

A pesar de ser famosa por su viejo cementerio, Recoleta se destacaba por ser un barrio porteño de lujo. Sus casas de estilo, sus comercios de marcas internacionales y muchos de sus vecinos de alto poder adquisitivo daban a este barrio un particular perfil.

Pocos eran los que sabían que en la antigüedad el barrio se llamaba: «El Pilar», en referencia a la iglesia parroquial que se eleva a un costado de la ciudad de las bóvedas. El barrio había sido construido a orillas de Río de la Plata. Las primeras edificaciones se ubicaban sobre las barrancas que daban al Río y al arroyo «El manso», hoy entubado bajo la avenida Pueyrredón y rebautizado Arroyo Tercero del Norte. A fines de 1800, debido a las fuertes epidemias de cólera y fiebre amarilla, las familias más pudientes de Buenos Aires se instalaron allí, gracias a que la altura del terreno disminuía la presencia de insectos transmisores.

Con el paso de los años, se convirtió pronto en un barrio gris, pero a la vez cálido. Un lugar con vida diurna y nocturna, con una relación muy cercana al arte, tanto por sus dos museos como por el cementerio, uno de los más famosos del mundo por su arquitectura artística fúnebre.

El barrio debía su nuevo nombre al convento de los monjes franciscanos «Los Recoletos» del siglo pasado, monasterio que existía junto a la iglesia del Pilar, donde hoy en día se sitúa un moderno centro de exposiciones de arte contemporáneo y enormes locales de diseño de interiores.

Los fines de semana los turistas paseaban con sus cámaras de fotos y hacían sus compras en la feria de artesanías de Plaza Francia. Fue justamente en uno de los fines de semana de paseo, cuando ocurrió el final, que develaría el principio de las cosas.

La atmósfera se le había vuelto irrespirable, sentía su cuerpo como si estuviera inmerso en las profundidades del mar, la presión en sus pulmones y el zumbido en sus oídos lo hacía

recordar cuando alguna vez, sumergido en alguna playa de Cuba, había golpeado su cabeza en el bote y se había desorientado, casi desmayado. Sus ojos en blanco. Su mente en blanco. Ese día su hermano lo salvó, dejó de caminar junto a su amigo el Che Guevara por la playa cubana rodeado de camaradas. Lo dejó hablando solo al líder de la revolución y corrió hacia el mar, arrojándose velozmente al agua y así lo rescató.

Aquel día todo sucedía lento, recibía las miradas de la gente con un gesto de espanto y asco. Algunos cruzaban la calle con cara de miedo. ¿Por qué? Se preguntaba él, si a partir de su decisión podría decirse que el peligro había desaparecido, pero claro, nadie conocía ese peligro. Todos eran ignorantes.

Una línea de puntos rojos, pequeñas gotas de sangre, se extendían por la vereda de la avenida general Las Heras, a metros de finalizar su recorrido, o mejor dicho a metros de su nacimiento en la intersección con la Avenida Callao, en dirección a un edificio antiguo, blanco, de tres pisos. Se detuvo frente a la fachada, levantó la mirada y vio agitarse la bandera azul celeste y blanca que flameaba sacudida por pequeñas ráfagas de viento, estaba desgastada por el tiempo, un poco sucia y deshinchada, debajo, un escudo de chapa oxidado sostenido por un solo tornillo a punto de cortarse.

«Símbolos de la decadencia», decía siempre su hermano mientras aspiraba el humo de un cigarro cubano, y él asentía con convicción en silencio.

Subió los tres escalones de mármol gastado, mientras las gotas de sangre seguían cayendo y caminó los últimos pasos hasta la entrada de la comisaría 17 de la Policía Federal.

El mostrador principal era un mueble viejo, lleno de cajones, la superficie del mismo increíblemente limpia, sin nada de papeles, solo una vieja máquina de escribir Olivetti en uno de sus extremos.

Su mano ensangrentada apoyó una pistola 45 milímetros Colt negra sobre el mostrador y la dejó allí. Los oficiales lo miraron con curiosidad, inmóviles.

Él lloraba, sus lágrimas brotaban de sus ojos y caían hasta el mentón, pero a la vez reía, era felicidad en estado puro, una felicidad mezclada con una gran calma.

Levantó sus manos, y sin que se le borrara la enorme sonrisa, se dirigió a los oficiales presentes.

—He matado a un brujo y me siento muy feliz.

Estas palabras, tipeadas innumerables veces en las miles de páginas del expediente y uno de los enigmas que nadie pudo descubrir, convertirían el caso en uno más de los que la gente comenta en la calle, anudando distintas hipótesis desde las más lógicas hasta las más disparatadas. Esta vez, todas muy alejadas de la verdad.

La camisa blanca hacía resaltar el rojo furia de la sangre, sangre que sin dudas no le pertenecía.

—¡Quieto!—reaccionó uno de los oficiales apuntándolo con su pistola reglamentaria.

En un instante cuatro oficiales lo inmovilizaron, no tardaron en apuntarle con sus armas y reducirlo en el suelo de la comisaría.

—¿A quién dice que mató? —preguntó el oficial a cargo.

Realmente no estaba convencido de que aquel hombre hubiese hecho semejante cosa, no era común que un asesino se entregara de forma inmediata, no es que no sucedía nunca, pero lo normal era que dejaban pasar los días hasta que el remordimiento los iba carcomiendo y llegaban demacrados, angustiados, culposos.

O estaban aquellos otros, los que se jactaban de haber cometido las más terribles atrocidades, y contaban un sinnúmero de historias con descripciones tan minuciosas que superaban con creces las mejores novelas de detectives. Mitómanos de barrio.

Pero la sangre y la pistola sin un solo proyectil demostraban de alguna manera la presencia de un hecho violento. Quizás el olfato policial le estaba fallando, ya que la persona no correspondía al perfil común de los ladrones y criminales.

—Necesitamos saber quién es la víctima...

El hombre lo escuchó, mirándolo con sus ojos muy abiertos, casi sin aire murmuró.

—Yo soy la víctima —contestó el hombre riendo.

—¿Díganos a quién ha matado?! —gritó el policía. —A nadie... En verdad lo he liberado... Los policías no comprendieron nada.

—¡Hable!

Pero no quiso hablar más. Solo rio con fuerte carcajadas que eran un tanto molestas y perturbadoras.

Nunca se resistió al arresto. El oficial hizo lo que comúnmente se suele hacer, le leyó rápidamente sus derechos.

El hombre ahora solo reía y estaba relajado. Las palabras del oficial parecían llegar muy distorsionadas y lejanas. Apenas podía ver la imagen uniformada, la suela del zapato de otro policía aplastaba su cara contra las baldosas blancas y negras. Incluso con la cara contra el piso su sonrisa era evidente.

Al principio creyeron que estaba herido, borracho o drogado, pero no, el hombre estaba lúcido y consciente.

Los oficiales rápidamente lo pusieron de pie y lo despojaron de sus pertenencias, un reloj de oro de marca Rolex, un juego de llaves, una navaja multiuso suiza con estuche, cinco billetes de diez mil australes, un Biznike nevado un poco aplastado y sus documentos, entre los cuales figuraban varias fotos manchadas de sangre correspondientes todas a un paisaje natural con varios cerros de fondo. En una de ellas figuraba sonriente junto a otro hombre.

La foto de su documento era vieja y gastada, casi no se podía definir si se trataba de él, salvo por sus pronunciadas cejas, que daban un detalle llamativo y fácil de reconocer. La sorpresa llegó cuando el más joven de los oficiales, daba una larga pitada a su cigarrillo Benson, y leyó el nombre. Se atoró y comenzó a toser. Sus compañeros comenzaron a reírse mientras repetían el slogan de la publicidad del cigarrillo «caro pero el mejor» y lo cambiaban por «caro por la tos».

Pero en realidad se reían de la cara desfigurada del joven que hacía gestos mirando el documento, finalmente se lo entregaba a su compañero de al lado.

Los oficiales corroboraban la identidad del hombre, fueron pasándose el documento de mano en mano, hasta llegar a las manos del comisario. Hubo un silencio.

—¡Mierda! —exclamó el comisario.

Mirando al hombre a la cara, pensó, podría caminar junto a él en la calle o viajar en algún ascensor a pocos centímetros, jamás lo reconocería, pero al leer su nombre todo era distinto. Y ya se imaginó que comenzaría a tener problemas.

En su documento figuraba como: Rubén Antonio Squen.

Mirando a sus hombres consideró innecesario decirles más, ya todos ellos sabían que la persona que había entrado bañado en sangre y confesando un asesinato era el hermano del reconocido Jorge Antun Squen, más conocido como Jorge Antonio.

—Tiene suerte de ser quién es —comentó en tono bajo uno de sus oficiales.

—Pero nosotros no —dijo el comisario.

Caminó lentamente hacia su oficina ante la mirada atenta de sus oficiales.

Cerró la puerta, se sirvió un café y se sentó en su desvencijado sillón. Llevó la taza hacia sus labios, tomó un sorbo, lo saboreó y recordó cuando las comisarías eran visitadas con despreocupación tanto por militares uniformados como por agentes encubiertos y los informes de inteligencia iban y venían, algunos llegaban a sus manos y otros no.

Pero recordaba haber leído uno. «Jorge Antún Squen, ese era el verdadero apellido, vino con su grupo familiar procedente de Yebdene, una remota aldea Siria, el funcionario de Migraciones que registró el ingreso del grupo, modificó el apellido porque le resultaba difícil pronunciarlo. Los primeros años de su infancia los vivió en la Boca, y trabajaba manejando el camión de la empresa familiar; como enfermero en el Colegio Militar en 1942, cuatro años más tarde era designado coordinador del Primer Plan Quinquenal.

»En 1951, se convirtió en presidente de Mercedes Benz filial Argentina, siempre había tenido buenas relaciones con otras grandes industrias Alemanas: Deutz, Thyssen, Siemens y Krupp. Algunos comentarios de inteligencia sostenían que, en realidad, Jorge Antonio llegaba a la prosperidad por haber sido el vínculo entre Perón y la industria alemana, sin poder explicar cómo fue que logró tales vínculos con tantos contactos germanos en tan poco tiempo. Con un país que pasó de ser casi el amo del mundo a sobrevivir una de las

derrotas más humillantes de la historia. El golpe militar de la Revolución Libertadora en 1955 lo encarceló. De la prisión de Ushuaia se fugó junto a John William Cooke, José Espejo y Guillermo Patricio Kelly. Se corría el rumor de que las armas utilizadas en la fuga las había entrado su mujer de a una, semana tras semana escondidas en su ropa. Se exilió en España. En el año 1959 se encontró con Ernesto Che Guevara en uno de sus viajes a Cuba y dicen que incluso presencié el secuestro de Juan Manuel Fangio.

»Decían también que con su primera esposa, Esmeralda Rubin, tuvo cuatro hijos y adoptó siete más.

»Al morir su primera mujer se pudo conocer un secreto, la relación que mantenía con Inés Schneider, quien en muy poco tiempo se convertiría en su segunda mujer.

»Al regresar al país recibió ochenta millones de dólares en concepto de indemnización por la confiscación de sus bienes durante la Revolución Libertadora. Era amigo de Carlos Saúl Menem, al que introdujo en Puerta de Hierro, en los años de exilio. Mantuvo buena relación con los funcionarios del gobierno de Onganía, y por supuesto con el último gobierno de la dictadura militar, los militares del Proceso.»

El comisario dejó de pensar en los informes que tenía entre manos.

En la comisaría comenzó a correr la voz de que seguramente el hermano de aquel reconocido empresario había cometido un crimen político. Algunos hablaban de un asesino en serie protegido por la impunidad del apellido, de un loco que había masacrado a balazos a toda su familia, o que había enloquecido y había comenzado a matar gente por las calles en un barrio del conurbano bonaerense y se entregaba en Capital para pasar facturas políticas. Todas las versiones eran extraordinarias, pero ninguna se acercaba en lo más mínimo al suceso real.

El teléfono sonó varias veces, el comisario había estado esperando que sucediera desde hacía más de dos horas, desde el mismo momento que se comunicó con el jefe de la Policía Federal Argentina.

—No haga nada, no diga nada, espere —fue la orden que recibió.

Extendió su mano y atendió. Reconoció de inmediato su voz: era el Ministro del Interior Eduardo Bauzá.

—Comisario, ¿cómo está usted? —La voz era jovial y despreocupada. —Luego continuó: —Me enteré de que tiene alojado en su calabozo una visita que sé que le preocupa pero puede quedarse tranquilo, usted proceda de acuerdo como es la costumbre. Acabo de hablar con el hermano de la persona que tiene detenida, quien se encuentra en España en este momento, y me dijo que le transmita tranquilidad para que se inicien las investigaciones correspondientes. Este hecho no tiene ninguna implicancia política. El señor Antonio me manifestó que hace mucho tiempo que no ve a su hermano. Y que lamentablemente no lo puede ayudar en nada, pero espera que ustedes puedan avanzar con la investigación y si Rubén hubiera cometido un hecho criminal pague su culpa y que evite en la medida que

pueda mencionarlo a él, me refiero a Jorge Antonio, porque no quiere volver a estar en el candelero periodístico.

El comisario escuchaba atento las palabras del Ministro, cuidadas y amables, pero sin duda le estaban marcando un camino a seguir: evitar hablar del ex consultor de Perón, y si descubría alguna pista que apuntaba para ese lado, tenía que hacerla desaparecer.

—Muy bien, señor Ministro, entiendo, pero aún no sabemos si cometió algún crimen, todo parece indicar que sí, y lo que más me preocupa es que no sabemos a quién pudo haber matado.

El Comisario midió sus palabras también, no quería terminar en alguna comisaría perdida. Él bien sabía después de tantos años cómo se manejan los políticos.

—Ministro, en esa conversación, no sé si habrá usted podido preguntarle algo más sobre las amistades de Rubén. La verdad es que no conocemos su domicilio actual, ya que en su documento solo figura que se mudó hace muchos años sin decir dónde y cómo... imagine la situación, nosotros desde aquí no quisimos hacer mucho ruido — agregó sumándole cautela a su modo de investigación.

El señor Bauzá contestó rápido, como si hubiera estado esperando esa pregunta. Esto al comisario le llamó la atención, tuvo la certeza de que esa era la pregunta que tendría que haber hecho un poco antes. Estaba seguro de que desde el otro lado de la línea quería dar rápido un nombre.

—Ángel Acoglanis —disparó veloz—. Ese fue el nombre que me dio Jorge, dice que estaba muy vinculado a este hombre hacía varios años, que no sabe si eran socios en algo, en fin, eso es lo único que me dijo.

—Perfecto —dijo el Comisario actuando un entusiasmo falso—, ya tenemos un nombre como para empezar, eso es más que hace un rato. Manos a la obra.

—Muy bien, comisario —contestó—, yo le comuniqué al presidente el hecho, no sé si usted sabe que a Carlos y a Jorge los une una muy antigua amistad de la época del exilio.

—No, no lo sabía —mintió el comisario—. Bueno, señor, le agradezco el llamado, quédese tranquilo, lo mantendré al tanto.

El ministro cortó la comunicación, unas pequeñas gotas de sudor se le habían acumulado sobre los labios, pero creía haber manejado bien la situación, eso lo tranquilizó.

El comisario rápidamente se puso a trabajar en el caso, pidió ver nuevamente el arma homicida.

Terminaron de escribir y llenar la denuncia que en realidad era la del testimonio mismo de Rubén, solo que lo que no se sabía aún era la identidad de la víctima.

Rubén esperaba sonriente, había dejado de llorar, pero no decía nada, no contestó ninguna pregunta, solo dijo una frase que repitió unas seis veces, y que uno de los cabos que lo vigilaba oyó. Era una frase casi sin sentido, que Rubén dijo para sí mismo.

—Ahora tiene dueño... Ahora tiene dueño...

Así, repetidamente, hasta que se durmió sentado en la celda. Si bien al comienzo le había parecido una pequeña inquietud, ahora que ya habían transcurrido varias horas, mientras repasaba en su mente la conversación reciente, esa inquietud se convertía en certeza, el ministro estaba ansioso por brindarle ese nombre: Ángel Alcoglanis.

Minutos entrada la noche, un fiscal vestido de civil con un portafolios en su mano pidió ver al comisario.

Se acercó a la puerta de la oficina y golpeó suavemente. Esperó algunos instantes, una voz desde el interior lo hizo pasar.

La oficina estaba tenuemente iluminada por una lámpara de pie con una pantalla tulipa llena de pequeños agujeros, en la pared que estaba detrás del escritorio, una vieja reproducción de la figura del General San Martín, y frente al cuadro una ventana con persianas de madera, dejaba entrar el reflejo de un cartel de neón que se prendía y apagaba, cada vez que lo hacía iluminaba al comisario que estaba de pie junto al escritorio, ansioso.

El fiscal caminó en dirección a él, se saludaron. El comisario lo invitó a sentarse mientras él también lo hacía. Quedaba claro para ambos que el fiscal también conocía la situación, por eso el incómodo silencio de los dos. Hasta que el fiscal dijo:

—Tenemos a la víctima... El comisario puso mucha atención.

—¿Quién es?

El señor Rubén Antonio había asesinado a balazos con su pistola colt, al doctor Ángel Cristo Acoglanis, su socio espiritual y su maestro de ceremonias. El hermano del asesino, Jorge Antonio, había sugerido bien el contacto para saber lo que había sucedido.

El Libro Sagrado y la Piedra de la Sabiduría se encuentran escondidos en una cordillera de un lejano y silencioso territorio ubicado en el extremo meridional del Hemisferio Sur.

Roger Bacon (1214-1294)
Filósofo inglés

Puerto Madero. Ciudad de Buenos Aires

16 de julio de 2010

La luz del alba cubrió la gran ciudad. El sol comenzaba a crecer frente a la persiana americana de la ventana de aquel piso veintitrés de la torre sur. Era el departamento de Alex, recientemente estrenado, en Puerto Madero. Para muchos habitantes de la ciudad era el nuevo barrio porteño, pero en verdad fue a fines del siglo XIX cuando, ante la necesidad de crear un puerto que sirviera de nexo a Buenos Aires con Europa, que el ingeniero Eduardo Madero decidió presentar su propio proyecto. Este plan consistía en la fabricación de cuatro diques cerrados, interconectados mediante puentes, y dos dársenas, norte y sur. La construcción fue aprobada por el entonces presidente Julio Argentino Roca a fines del año 1884. El puerto fue construido en un espacio que en ese momento se encontraba despoblado y agreste. Entre 1900 y 1905 se construyeron los dieciséis docks de ladrillos rojizos, claros exponentes de la arquitectura utilitaria inglesa. Los docks tenían entre tres y cuatro pisos con sótano, depósitos que serían utilizados para guardar granos y otros artículos de exportación. Era el auge del modelo agroexportador que por muchas décadas prevaleció en la Argentina. Con la construcción del puerto de Dock-Sud y Puerto Nuevo, fue decreciendo su importancia hasta quedar prácticamente abandonado. En 1989, mediante un decreto del Poder Ejecutivo Nacional, se decidió que esa zona, antiguamente dedicada al estibaje, se convertiría en pujante barrio con enormes torres, centros culturales, y viviendas familiares. Esta decisión no estuvo ajena a increíbles sospechas de corrupción que por ese entonces circulaba en los diarios y en ámbito inmobiliario.

Alex seguía dormido en uno de los edificios más llamativos de la zona, en una habitación blanca, amplia, muy prolija, despojada, sobre una cama amplia Kingsize. Llamaba la atención un viejo mapamundi de gran tamaño, ubicado en un rincón de la sala principal, en un lugar de preferencia.

En las paredes había retratos de él, posando alegre en los más variados paisajes, algunos conocidos, otros no tanto, junto a la pirámide del Louvre, a la Torre Eiffel, la torre de Pisa y el Coliseo Romano.

Cuando algún invitado entraba a su departamento se sorprendía al encontrar algunos mapas antiguos enmarcados.

El que más llamaba la atención era uno de forma redonda que dibujaba con trazos rudimentarios las costas de Europa, Asia y África. Resultaba imposible para el visitante entender lo que estaba escrito en griego, debajo de él había una pequeña placa de bronce en la que se leía: «Anaximandro 610-546 a.C. Primer Mapamundi». Otro cuadro, el mapa de Al-Idrisi indicaba la placa de bronce, fechado en el año 1154, uno de los mapas del mundo más exactos realizados hasta entonces, cuando el visitante en aquel departamento se acercaba quedaba asombrado al ver que el polo norte estaba posicionado en la parte inferior del mapa.

Por último, entre los dos anteriores se encontraba un mapa al que le faltaba una parte en la que se podía ver las costas de Europa, norte de África, costas de Brasil y otros detalles. La pequeña placa decía:

Piri Reis siglo XVI.

Arriba de todos ellos, en lo alto de la pared y enmarcado, se hallaba un diploma en el cual se leía: Instituto Geográfico Militar. Alex Ferro, Cartógrafo.

Sobre la cama, totalmente vestido, cubierto de revistas y libros, dormía Alex. Su cuerpo estaba cruzado a lo ancho del colchón, boca abajo.

Su brazo extendido llegaba al suelo. Dormía profundamente y brindaba un concierto desafinado con sus ronquidos.

En una de las mesitas al costado de la cama el reloj digital marcaba las 5.59 al momento en que cambió todos los dígitos por 6.00. Sonó la alarma del teléfono celular en el suelo cerca de su mano.

Alex se sobresaltó y se acomodó en la cama. El teléfono seguía sonando, él se refregó los ojos, tomó del suelo el celular chillón y miró el identificador de llamadas, decía «Sin ID», cortó sin atender. Seguro era equivocado, ¿quién iba a llamar a esa hora de la mañana? Sus amigos, imposible, estarían durmiendo después de haber cenado la noche anterior en «Apasionatto», en Palermo, como lo venían haciendo desde más de cuatro años todos los miércoles —una cena de pastas regadas con abundante vino tinto Malbec porque el Cabernet a Alex le caía mal.

Sus alumnos tampoco podían ser, tenía como norma nunca dar el número celular, por lo tanto el llamado sería equivocado. Mientras deducía todo esto entró nuevamente en estado de somnolencia.

El teléfono volvió a sonar, esta vez con un número visible en el identificador. Atendió.

—¿Hola?

—Con el Señor Alex Ferro, por favor...

Se oyó una voz femenina muy dulce del otro lado de la línea.

—¿Sí? Él habla...

La voz de la mujer estaba muy despierta en relación al estado de Alex, que cerró sus ojos mientras la escuchaba.

—Mi nombre es Ana, agente de Interpol...

Aquella última palabra pronunciada lo despertó, lo había alarmado.

Repasó los últimos días... No sabía bien por qué pero desde niño cuando alguien lo acusaba de algo que no había cometido, en vez de negarlo con convicción, mantenía la mirada baja, no emitía palabra mientras repasaba los detalles de la acusación y verificaba que lo que le estaban diciendo era mentira, pero quien lo increpaba interpretaba esa actitud como una prueba evidente de culpabilidad.

Esto le fue creando a Alex algunos conflictos, sobre todo en su adolescencia, y con sus compañeros de secundaria, donde era acusado casi siempre de «traga». Y no era así, para nada.

Él jamás estudiaba después de salir de la escuela, generalmente se iba al barrio de La Boca a jugar al T.E.G a la casa de su prima Irene.

Pero otras veces tomaba el 159 y se bajaba antes de subir al Puente Almirante Brown. Luego caminaba por el costado del puente hasta llegar a la parte más alta, llevaba siempre un block de hojas canson número cinco y desde allí comenzaba a dibujar. Debajo desembocaba el Riachuelo con su pestilente olor y si miraba hacia atrás podía ver desde dónde venía y cómo se angostaba a medida que se perdía en el horizonte.

A veces soñaba con remontar el Riachuelo con un bote para averiguar qué había en esas costas, sabía que desembocaba allí debajo de él, en el Río de La Plata pero no sabía dónde nacía. Le gustaba tanto el panorama que con su lápiz dibujaba la costa derecha e izquierda con suma exactitud, también los tanques de las destilerías, y el fuego incesante de las chimeneas que jamás se apagaban e iluminaban los monoblocks de Dock Sud con un fuego esquivo.

—¿Está ahí? —preguntó la mujer.

—Sí, sí, es que es muy temprano y aún estoy dormido, disculpe... Pero no entiendo el llam...

—Me pasó su número el director del Instituto Geográfico, solo quisiera hacerle unas consultas sobre algo que hallamos y que le puede interesar...

Había cierto acento extranjero en la forma de hablar de aquella mujer.

Alex estaba abrumado por la interrupción de su descanso sobre todo a esa hora del día y también un poco intrigado por saber para qué lo había despertado.

La noche anterior había sido por la cena, pero lo normal para él era quedarse casi siempre hasta altas horas de la noche leyendo o escribiendo, preparando algunas charlas y generalmente se levantaba alrededor del mediodía. —No entiendo...

—Necesitamos que vea y nos dé su opinión sobre algo que tenemos. —¿Pero de qué se trata?

Alex no sabía qué decir, sus palabras también estaban dormidas.

—Sé que mi llamado puede parecerle raro, pero es importante que usted nos ayude. No puedo decirle más. ¿Nos podemos ver hoy?

En verdad Alex aún no supo interpretar ese apuro. Recibir un llamado a las seis de la mañana para concertar una entrevista el mismo día.

Además de extraño era inoportuno.

—¿Hoy? —dijo con voz somnolienta.

—Sí, ahora mismo estoy por embarcar, mi vuelo a Buenos Aires sale en 20 minutos. Llegaré por la tarde. ¿A las 18 horas le parece bien?

Recapitulemos, pensó Alex, lo llamaban a las seis de la mañana, decían que era la policía o, peor, de Interpol, que había hablado con el director del Instituto Geográfico, quien le dio su celular, tenía algo que creía le podía llegar a interesar mucho, y, para cerrar, lo llamaba desde un avión. Demasiadas molestias para decirle que no.

—Sí, sí, está bien...

—Lo espero en el bar Irlandés de la calle Reconquista y Marcelo T. de Alvear. Mi teléfono es el que le figura en su celular.

—...OK...

—Perfecto. Muchas gracias.

La mujer cortó la comunicación y Alex miró el número de teléfono en la pantalla azul del celular.

Se quedó unos instantes pensativo. Miró a la ventana, el sol ya comenzaba a mostrar su cara. Miró nuevamente el teléfono y el reloj despertador. Maldijo en voz baja. Dejó el celular sobre la mesa, y se tiró en la cama.

¿Por qué había aceptado? ¿En qué lío se estaba metiendo? Alex volvió a incorporarse en la cama, ya no podía volver a dormir.

*«Si eliminamos lo imposible, seguramente en lo
que queda hallaremos la solución.»*
Sherlock Holmes

Arthur Conan Doyle (1859-1930)
Escritor escocés

Bosques de Obersalzberg. Alemania

10 de abril de 1945

Era una habitación oscura y fría en la cabaña situada en medio del bosque helado. Un hogar abandonado, destinado como refugio para los jefes militares de los aliados. A cincuenta metros, se encontraba el campamento de artillería y las tropas mecanizadas con tanques ligeros.

El sonido de las bombas parecían truenos que anunciaban la llegada de una tempestad. Los vidrios de las ventanas temblaban en cada golpe a la tierra. Se respiraba un intenso olor a pólvora en el aire.

Sobre una cama prolijamente tendida, un casco militar norteamericano con un círculo amarillo que reposaba en uno de los costados, junto a unos guantes de cuero y un estuche negro.

En el interior de este estuche, un broche de plata con la figura de la calavera con dos huesos cruzados era sin dudas el distintivo del grupo de combate de elite Waffen de las SS nazis. A su lado un pequeño plano doblado al máximo y una vieja llave. El militar tomó la llave y la guardó en el bolsillo de su pantalón, luego tomó el estuche y lo puso en el interior de sus borceguíes de cuero, aún con sus largos cordones sin atar. Luego terminó de ajustarse el chaleco con los cargadores de los fusiles M1 y granadas de mano, tomó un pequeño bolso de un mueble rústico, realizado con troncos aún con la corteza visible en su textura, sacó varios documentos y los arrojó sobre la cama.

Todos eran pasaportes e identificaciones militares norteamericanas. Abrió uno de ellos: Teniente «Kirk Phelps» del batallón «A», equipo elite, se trataba de un escuadrón formado por los mejores soldados del batallón tercero de infantería y del séptimo ejército.

Obviamente la existencia del sargento Kirk era real y su desaparición era un hecho, los escuadrones nazis de la muerte se habían encargado de ello en absoluto secreto.

Ahora él se había convertido en el sargento Kirk, este era su nuevo y último bautismo con el cual lo reconocerían a lo largo de su misión. Guardó la documentación en los bolsillos internos de su nuevo uniforme, avanzó unos pasos hacia un pequeño baño y se miró a un

viejo espejo: no cabía duda alguna, era un soldado norteamericano. Su transformación era un éxito.

Los servicios de inteligencia alemanes habían trabajado mucho para que él pudiera infiltrarse y comandar al equipo de élite de los aliados en la misión secreta en «El Berghof», la casa del Führer. Ahora todo dependía de su accionar.

Esta operación era la más compleja de todas. Había sido planeada al milímetro meses atrás en el castillo de Wewelsburg, en Renania del norte, conocida como la región de Westfalia, en el pequeño pueblo que llevaba el mismo nombre que aquel viejo castillo.

Era una construcción renacentista, un castillo que a lo largo de su historia había tenido alrededor de treinta dueños, entre condes, duques, figuras religiosas, artistas y grandes agentes financieros.

Kirk, que para aquel entonces había pasado por varias identidades, ni siquiera recordaba su verdadero nombre, y en verdad no le importaba.

Aquel castillo elegante era un lugar sagrado, de culto para los políticos y fanáticos del tercer Reich. La leyenda más conocida del lugar indicaba que el castillo había funcionado como una prisión para miles de mujeres acusadas de brujería durante el siglo XVII, cientos de mujeres habían sido torturadas y ejecutadas dentro de sus muros. Durante la Guerra de los Siete Años entre 1756 y 1763 sus sótanos fueron usados como prisión militar y mazmorras.

El castillo tenía la forma de un triángulo, con un patio interno. En uno de sus ángulos emergía una gran torre circular.

Al entrar, los pasillos se dirigían directamente al corazón de la torre principal. Es allí donde se ubicaba la nave principal de la enorme construcción, un salón redondo rodeado de columnas y ventanas que daban directamente al paisaje del pequeño pueblo situado en el valle del río Alme.

En la zona había mucho viento y la mayoría de las ventanas eran herméticas, solo servían para que entrara la iluminación del día.

En el piso de mármol blanco se podía ver un enorme dibujo de un sol con doce rayos en forma de S. Aquel punto geográfico que marcaba ese sol en aquel salón, para muchos miembros nazis y algunos de la sociedad de Thule y Vril, era «Zentrum der neuen Welt», el centro del nuevo mundo, el lugar donde se centraría el poder del nuevo orden.

Aquel salón no era el único de forma circular; en otro de sus ángulos, se hallaba un salón más chico pero más importante, era solo para los líderes.

Ese era el lugar donde Kirk tenía la cita. En el centro del mismo se ubicaba una pesada mesa de roble, una réplica de la mesa redonda del Rey Arturo.

El lugar estaba rodeado de diez columnas muy altas que sostenían una cúpula totalmente dorada, que de alguna manera simbolizaba al Sol. De su centro se extendía una gran cadena plateada que sostenía una araña con adornos de cristal.

El piso brillaba, era un piso diferente al resto de todo el castillo, este era de mármol verde de los Alpes. Entre cada una de las columnas caían pesadamente largas banderas rojas con el símbolo de la cruz esvástica.

El lugar solo tenía una puerta, esta era una puerta pesada, de madera pintada de color blanco.

Eran muy pocos los privilegiados que podían pasar a aquel salón.

Kirk era uno de aquellos hombres privilegiados por muchas razones, pero había una que estaba por encima de todas y tenía que ver con «Blutfahne», la famosa bandera nazi, bañada en sangre en el incidente de 1923.

Aquel día, en el lujoso castillo, tuvo un encuentro con tres miliares y el ministro Heinrich Himmler. La consigna era clara y precisa. Aquellas palabras emitidas por el ministro no solo habían tenido eco en aquel salón, sino en su mente.

—Ustedes —dijo Himmler mirando a los ojos de los tres soldados que estaban ligados a Hermann Göring— deberán seguir el plan de escape del Führer en Berlín, y usted —señalando a Kirk— deberá poner a salvo en la tierra elegida, junto a la piedra sagrada, los tesoros sagrados del tercer Reich...

El tono de Himmler estaba cargado de nerviosismo, parecía realmente muy preocupado.

—Hay que sacar los tesoros del Berghof ya mismo, las tropas aliadas avanzan y pronto la casa estará rodeada...

El ministro del interior Heinrich Himmler se refería claramente a los tesoros esotéricos recuperados por expediciones militares del arqueólogo Otto Rahn, que habían sido ocultos en un lugar que ahora, con el avance de los aliados, ya no era seguro: el Bergohf, la casa de Hitler.

Kirk se sentía orgulloso de cumplir aquella misión.

Por eso ahora estaba a solo cinco kilómetros de allí, desde la ventana podía verla entre el espeso humo negro.

La cabaña había dejado de sacudirse por las bombas. Kirk sacó del estuche el pequeño plano y lo desplegó sobre la cama. En uno de sus extremos figuraba el sello del águila y la esvástica, a decir verdad también era un mapa, ya que figuraban algunas referencias geográficas cercanas a la casa, que era su objetivo. El militar miró y memorizó aquel plano, pasillos, escaleras, habitaciones, todo. Luego volvió a doblarlo, sacó un encendedor de la marina norteamericana y le prendió fuego, arrojándolo al suelo. Rápidamente las llamas lo consumieron.

Ahora Kirk estaba listo para entrar en acción infiltrándose con los aliados y tomar por asalto el objetivo nazi.

Kirk salió de la cabaña, dejó la puerta abierta de la misma. Hacía mucho frío, le dolían los dientes al respirar el aire congelado.

Caminó pisando el barro, atento a no perder el equilibrio en su firme andar.

Un Jeep americano se estacionó a unos metros, sus cubiertas resbalaron en el barro congelado. Se detuvo donde comenzaba un camino de tierra creado por las tanquetas livianas. Aún se veían las marcas de las orugas. El soldado que iba al volante lo saludó poniéndose firme en el asiento. Kirk subió y el vehículo se alejó a gran velocidad en dirección al objetivo. La casa del Führer estaba muy cerca, y Kirk se disponía a robarla.

[Seguir leyendo](#)